# 3-LUNES PUNTUAL

Toni González Rodríguez

# Capítulo 1

Son las siete de la mañana, segundo lunes del mes de abril, aún no se divisan los primeros rayos de luz, la oscuridad se está resistiendo a lo que parece inminente, el amanecer. Mi habitación en calma y yo en estado cataléptico, no era para menos después de un fin de semana tan ajetreado. Viajes, comidas, cenas, reuniones, risas, copas, reencuentros, recuerdos y eso en cuarenta y ocho horas. Los fines de semana marcaban una marcha  más y me recordaba lo intensa que es la vida y lo rápido que pasa.

Pero llegaba el lunes y de repente la calma se rompía con un sonido agudo y repetitivo que ponía fin a este ritmo desenfrenado de vida, el dichoso despertador, de donde después de emitir los pitos de las señales horarias, emanaba la voz de un locutor, para recordarte  que era lunes y contarte las miserias que habían e iban a suceder durante el día.

Sé que podría programar una emisora de rock y despertar con energía o una emisora de clásica y levantarme de forma acompasada, pero mi yo vocacional, más que profesional, decía que era mejor levantarse informado, menuda tontería, porque entre bostezo y bostezo, mi salida de la cama acaba pareciendo, los últimos pasos de un moribundo.

Si ya tenía dificultades para coordinar piernas y brazos, imaginaros como mi cerebro iba a poder procesar tal cantidad de información de buena mañana, pero a mí me quedaba la esperanza de poder retener algo,

aunque fuera en mi subconsciente.

Una vez superado el obstáculo de la salida de la cama, llegaba la difícil elección de elegir vestuario,  elección que decidía la noche anterior, puesto que a esas horas de la mañana, mi capacidad combinatoria no era precisamente la más acertada, si algún diseñador vanguardista me hubiera llegado a ver, quizás habría acabado desfilando en  Cibeles, donde no hubiera llamado tanto la atención como por la calle y mucho menos en la redacción, donde era la diana perfecta para lanzar todo tipo de bromas. Aunque a mí me traían sin cuidado sus risas, prefería no darle munición al enemigo.

Una vez colocado los tejanos, camisa azul y americana negra, ya estaba listo para emprender mi camino, eso sí antes un alto en el camino, para tomar un café y refrescarle a mi subconsciente todo aquello que había almacenado, echándole un vistazo a los diarios.

Eran las siete y media de la mañana , aún me quedaba media hora para llegar a la redacción, la cual  tenía a diez minutos caminando. Extraño viaje, porque no había manera que llegara un solo día puntual, yo creo que el impasse de parar en la cafetería de Philippe y el trayecto al trabajo, había una disfunción en la correlación espacio-tiempo, o los extraterrestres me abducían y no era consciente de dicho tiempo, o eso quería yo creer. Cuando sabía que  desde el momento que entraba en la cafetería, alguna trampa me tenía preparada Philippe a la cual yo no podría resistirme a caer y mi impuntualidad haría honor a mi presencia.

Nada más abrir la puerta, ese micro mundo estaba en plena efervescencia, molinillos de café ensordecedores, voces intentando imponerse a tal estruendo, camareros bailando al son de los clientes acompañados de sus bandejas.

Cafés, batidos, zumos , bocadillos y pastas inundando las mesas, periódicos entre abiertos expandiendo conocimiento, entre tanto intelectual de mono azul y corbata corta. Y al fondo de la barra mi taburete vacio, justo debajo del televisor y al lado de la cocina, con perspectiva panorámica de todo el bar, un lugar estratégico donde no se me escapaba detalle y lo más importante, enfrente de la cafetera, para no perder detalle del proceso de obtención de ese oro negro líquido.

–Buenos días, Toni ¿un cortado?  –Philippe ya había pronunciado la típica frase que iniciaba nuestro combate matutino.

–Venga Philippe, que ya hace rato que estoy despierto, déjate de tonterías y ponme un café, que hoy no quiero llegar tarde al trabajo. –Y con esa frase acaba por sentenciar mi posible puntualidad.